

UGALDE

◆ El presidencialismo y la partidocracia, a pesar de que para muchos son el origen de los males de México, no son el problema de fondo; son sólo síntomas.

COLABORADOR INVITADO

Definamos bien el problema

LUIS CARLOS UGALDE

México está extraviado. No sabe qué hacer con su futuro político. Vemos los síntomas de una enfermedad (profundo desencanto ciudadano, malos gobiernos, corrupción) pero no atinamos a detectar el nombre de la enfermedad. Sin un diagnóstico de la enfermedad, no habrá medicina para salir del atolladero en que estamos. Si cada cabeza tiene una radiografía distinta, nunca habrá una medicina apropiada.

Un segmento anacrónico de la clase política culpa al "presidencialismo" de ser la causa del mal gobierno –sugiriendo con ello que seguimos viviendo en la era del partido hegemónico cuando el Ejecutivo gobernaba sin contrapesos. Otros culpan al sistema electoral que impide formar mayorías legislativas contundentes. Algunos piensan que el presidente mexicano es "débil" frente a un Congreso activo, populista e irresponsable que legisla para lo inmediato sin prestar atención en lo importante. Otros siguen enamorados de las leyes electorales como varitas mágicas para producir buen gobierno –tan enamorados que en 2007 recetaron una mala reforma que ha generado retrocesos y más inequidad en la competencia entre partidos.

Organismos ciudadanos culpaban a la partidocracia de los males de México. Algunos moderados piden mayor rendición de cuentas y la apertura de candidaturas a ciudadanos sin partido. Otros exigen dismantlar el sistema y sus-

tituirlo por una democracia participativa, plebiscitaria en donde los ciudadanos "gobiernen". Gran riesgo del populismo que surge con la desesperanza frente a un sistema político extraviado que no sabe adónde caminar.

Para recetar la medicina que combata el desencanto ciudadano, el mal gobierno y la corrupción (los síntomas) es necesario definir con claridad el problema, eso es, saber el nombre de la enfermedad. No habrá eficacia para reformar el sistema político si cada cabeza denomina al monstruo con nombres diferentes.

El problema de fondo no se llama ni presidencialismo ni falta de mayorías legislativas ni partidocracia. La enfermedad que corroe al sistema es la impunidad política, eso es, un sistema de irresponsabilidad donde nadie paga las consecuencias de sus actos. Ni el diputado que vota leyes irrelevantes o inconstitucionales, ni el presidente municipal que endeuda a su ayuntamiento en lugar de recaudar más y mejor, ni el funcionario público que sube el gasto público. Todos ellos navegan sin rendir cuentas ni pagar costos por sus decisiones u omisiones.

La partidocracia, por ejemplo, es sólo una de las múltiples manifestaciones de la impunidad –partidos poderosos sin contrapesos que son impunes porque no rinden cuentas ni reciben sanciones por su actuar. La corrupción es otra de las manifestaciones de un sistema que no castiga a quien roba o desvía recursos –desde el

diputado que se embolsa el dinero de boletos de avión no utilizados hasta el funcionario que pide 10 por ciento de comisión por adjudicar obra pública.

La reforma política que propuso el presidente Felipe Calderón en diciembre pasado es la más ambiciosa en más de 30 años. Apunta en la dirección correcta para atacar el problema de la impunidad mediante la reelección legislativa y municipal que

estimula el buen desempeño, así como las candidaturas independientes y el referéndum que son vías para dar más voz a los ciudadanos. Hay otras medidas omitidas en la propuesta presidencial, pero las que contiene son un buen inicio.

Perplejos vemos como la confusión semántica, la estridencia y los cálculos de cada político están matando una reforma, reitero, la más importante en más de tres décadas. La están matando con retórica y falacias, confundiendo los síntomas con la enfermedad, hablando de soluciones sin definir primero el mal. Lo más grave es que algunos usan la falacia *ad hominem*: desacreditar una idea por su autor (Felipe Calderón) en lugar de analizarla por sus méritos.

Por eso sorprende el silencio del Presidente para explicar el significado de la propuesta de reforma más trascendente de su gobierno y la pasividad de su gabinete, con excepción del secretario de Gobernación que de manera tímida inició su defensa apenas la se-



Fecha 26.01.2010	Sección Primera-Opinión	Página 13
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

mana pasada.

El debate sobre la reforma política debe, primero, definir el nombre de la enfermedad. La reforma no avanzará si la retórica se confunde en hablar de soluciones cuando ni siquiera sabemos qué

queremos arreglar. No es un prurito académico ni lingüístico: se trata de un asunto fundamental de cualquier acto de planeación estratégica: definir el problema para proponer las soluciones. El cáncer se llama impunidad política. Mientras se siga hablando del

presidencialismo o de la partidocracia como los males a combatir, seguiremos atacando los síntomas en lugar de la enfermedad.

El autor es profesor de ciencia política del ITAM.